



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



V – La traición de los emires **33 –La intercesión de Juanito**

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2019

Número de páginas: 4

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

33 – La intercesión de Juanito

Éste es el último relato de la serie correspondiente al volumen V de Baïbars: “La traición de los emires”. La saga continúa, en el vol. VI, con “Muerte en el hamam”



Durante este tiempo, Shîha de eclipsó discretamente; poco después reapareció cargando con un baúl sobre sus hombros, que depositó ante el rey El-Sâleh: dentro del baúl llevaba al rey Juan, drogado mediante el *benj* y profundamente dormido.

- Cuando hayáis tomado la ciudad, vendré a presentarme ante vuestra Majestad, e intercederé para que dejéis en libertad a este viejo canalla. Yo debo quedarme aún durante algún tiempo en Génova, pues espero noticias de Yauán, que en este momento debe andar por los países de la costa, fomentando alguna nueva agresión contra los musulmanes. En cuanto me haya enterado de ello, iré en su persecución y le castigaré, conforme a las fuerzas que me otorgue el Señor todopoderoso.

En cuanto a los *fidauis*, también salieron del palacio; se dispersaron en pequeños grupos por toda la ciudad, abrieron las puertas, enclavaron los cañones; luego, todos a una lanzaron el grito de guerra de los musulmanes: “¡*Allâh akbar!* ¡Conquista y victoria!”. Las tropas de infantería, al escuchar el alboroto de la ciudad, se dieron cuenta de lo que sucedía, y se lanzaron hacia las puertas, como leones feroces, penetrando así en ella.

Los sables afilados entonaron sus cantos de muerte abatiéndose sobre las nuca; a la cabeza, marchaba el rey El-Sâleh que, con voz terrible, gritaba: “¡*Allâh akbar!*” Y su ejército respondía al unísono a ese grito, como el bramido de una tormenta, rugiendo como leones. Al escuchar los gritos y el alboroto de las armas, la guarnición de la ciudad, corrió a su defensa y se encontró cara a cara con esos soldados, cual manada de leones, y con un corazón más firme que las montañas.

Entonces los sables se abatieron, a diestro y siniestro, segando cabezas como espigas maduras, y los jóvenes guerreros eran abatidos y caían por tierra; ya avanzaban las armas del Islam por todas las puertas, invadiendo la ciudad, proclamando la Unicidad de Dios, el Único, el Simpar. Pero la carnicería se prolongó toda la noche, y a la mañana siguiente. Al mediodía, la población pidió clemencia; el rey ordenó redoblar los tambores y proclamar la tregua, y los soldados dejaron de combatir.

El rey El-Sâleh tomó posesión de la ciudad y ordenó hacer comparecer ante él al *babb* Juan; le trajeron, amarrado y cubierto de cadenas, en un estado lamentable y

humillado. El-Sâleh, tras pedir que colocaran al rey Juan en el tapiz de sangre, comenzó a recriminarle:

- ¡Eh, tú! ¡Rey de los cristianos, adorador de la cruz! ¿Cómo has osado secuestrar a mi hijo Baïbars para matarle?

- Oh, rey –gimió el *babb* Juan, bajando la cabeza–. ¡Es verdad, me he equivocado, pero imploro tu clemencia!

Mientras hablaban de ese modo, de pronto, un enorme tumulto se escuchó en el campamento. El rey preguntó por lo que sucedía.

- *Efendem* –le respondieron–, es que han llegado todos los monjes de Génova. No sabemos qué es lo que quieren.

- Pues bien, ¡que entren!

Y los monjes llegaron a la entrada del pabellón real: eran los monjes de la basílica de El-Kâf, balanceando sus incensarios, y recitando salmodias sin parar; les precedía su abad Juanito, que avanzaba cantando una misa. Y de esa forma se presentaron, tras recibir permiso. Entonces, Juanito se adelantó hasta donde estaba El-Sâleh, mientras los otros se quedaban en la puerta; hizo una profunda reverencia, luego permaneció de pie ante el rey, con los brazos respetuosamente cruzados y la mirada humilde dirigida hacia el suelo.

- Y bien, amigo ¿qué es lo que quieres? –le preguntó El-Sâleh–. Dime lo que tengas que decirme.

- Oh, *rey*, otórgame el permiso de hablarte con el corazón.

- ¡Por mi cabeza que te lo concedo! Puedes hablar libremente y sin miedo, que yo no te haré reproche alguno.

-Oh, *rey* –repuso Juanito, tras hacer de nuevo una profunda reverencia–, he venido a interceder a favor del *babb* Juan, que me crió y al que le debo todo. Vengo, consciente de mi humildad e insignificancia, a rogarte que le concedas tu gracia, porque aunque bien habría merecido que se le *mentara*, sería mejor permitirle que pagara un rescate por su vida dándote una *jazneh* como monto del rescate, liberando a todos los cautivos y devolviendo completamente todos los bienes robados en Alejandría.

- Es cierto que tenía la intención de condenarle a muerte para así dar una lección a todos los reyes cristianos, y que a ninguno se le ocurriese imitarle. Pero en fin, por consideración hacia ti, quiero concederte esa gracia. Vete a buscar a los cautivos, las mujeres y los niños que se llevaron de Alejandría, y todo lo que robaron.

- Escucho y obedezco.

Juanito se apresuró a cumplir con esa orden: aportó una *jazneh* de oro. Entonces, el rey hizo liberar al *babb* Juan, y le devolvió sus insignias reales; luego, procedió a repartir el botín, que distribuyó equitativamente entre sus tropas, reservando la mayor parte para los *fidais* que quedaron muy satisfechos. A la mañana siguiente, dio la señal de partida; las tropas volvieron a embarcar en la flota de El-Batarni, que hizo levar anclas, desplegar las velas, y hacerse a la mar, impulsados por un viento favorable.

Tras una travesía sin mayores acontecimientos, llegaron a Lataquia, en donde desembarcaron los ismailíes para regresar a sus castillos y ciudadelas; nos los encontraremos más adelante. En cuanto al rey y a su ejército, prosiguieron la travesía y, poco tiempo después, llegaron a avistar Alejandría, la Isla Verde, la Estrella Brillante (y vosotros y yo, oremos por el Profeta).

El-Batarni entró en la rada, hizo descender a los soldados en las chalupas, que les llevaron a tierra firme. Cuando hubo terminado todo el desembarco, el rey El-Sâleh entró en la ciudad, y habiendo tomado posesión del palacio del gobernador, convocó a los notables de Alejandría y les ordenó que hicieran proclamar que a todos los que les habían robado a sus hijos, o sus bienes, vinieran a reclamarlos. Una muchedumbre se precipitó a hacerlo y todos fueron satisfechos.

Tras consagrar tres días a poner en orden todos los asuntos de la ciudad, el rey tomó la ruta de El Cairo, en donde hizo su entrada solemne días más tarde, entre el júbilo de todos sus habitantes. Los prohombres y dignatarios se separaron, y cada cual se fue a su casa.

Baïbars, durante su ausencia, había nombrado como suplente en Alejandría, a su sobrino Yusef Edaghmarsh. Así que entró en El Cairo con todos los demás, y se retiró al serrallo de Bâdis, en donde pasó tres días reposando de las fatigas del viaje. Al cuarto día, se presentó en el Consejo del rey, ante el que hizo una profunda reverencia. Éste, hizo que le impusieran un caftán de honor sobre los hombros, confirmándole de ese modo en su dignidad como *seri asker*. Baïbars, poderoso y honrado, retomó su servicio junto a El-Sâleh Ayyûb. En cuanto a este último, proclamó el fin del estado de guerra y concedió una amnistía general.

**** *

FIN DEL VOLUMEN V

Próximamente, en el volumen VI:

MUERTE EN EL HAMAM